

Pulgacuentos

Gabriel Jerónimo Olarte López

1. Abuelito

El anciano humedeció sus labios con la lengua en el ritual que antecede cada uno de sus discursos. Su nieta, sentada a su diestra, se preparaba para escucharlo.

—Los jóvenes de hoy están perdidos, sí señor, no saben lo duro que era antes. Cuando tenía tu edad y quería saber algo, tenía que escribirlo en Google, letra por letra hasta llegar al dato que buscaba. No había nada de esos sensores de párpados que se activan cuando pestañeas cinco veces y preguntas en voz alta. Si quería darle la vuelta al mundo, debía subir a un avión y esperar diez horas completas, nada de esos transportadores cuánticos de materia que lo hacen en diez segundos. Y si quería ver a alguien que estaba lejos, teníamos una videollamada. ¿Quién se iba a imaginar esos androides que toman la identidad de la persona que le instales?

La nieta escuchaba con paciencia cada una de las quejas, reafirmando a sí misma que el regalo que le tenía preparado a su abuelo, para su cumpleaños número ochenta y nueve, era perfecto. Ella sabía cuánto le gustaban las antigüedades, por lo que consiguió un portarretratos digital para ponerle una clásica selfi, una que el abuelo tenía con su gato *Moisés* por allá en el 2019, cuando andaba por sus veintes y se acostumbraba a hacer ese tipo de cosas.

2. Día de clases

En los registros de la historia reciente, nunca un enfrentamiento entre policías y estudiantes de universidad pública había sido sorteado con tanta pericia, sin usar la fuerza y en menos de diez minutos. Dicen los chismosos que incluso hubo cordialidad.

La feroz caballería blindada aguardaba a las afueras de la *Alma Mater*, esperando la orden para ingresar. Los estudiantes aguerridos se atrincheraron tras la puerta sin ninguna intención de retroceder. Blandiendo su bolillo, el comandante de la policía se acercó a la puerta, donde lo esperaba «Burbuja», el más cuajo de los encapuchados, quien fue el designado para recibir el ultimátum. Bastó un cruce de palabras entre los adversarios para que ambos se dieran la vuelta y declarasen un empate técnico.

—¿Germán?

—La bendición.

—No le vaya a decir a su mamá que ando en estas huevonadas.

—Usted tampoco.

3. Con ropa

Ella también me está mirando desde la otra esquina del tren. Ambos nos tenemos clavada una mirada de asombro, tanto como de vergüenza.

Sabemos que nos hemos visto en la madrugada de los últimos tres jueves en la parte de atrás del bar Gólgota, aunque sé que ella ha venido asistiendo desde hace tiempo. En medio de las itinerantes orgías, donde no era permitido decir nombres, ella era mi preferida. Con su lunar calavérico justo al lado de su sexo, que nunca me quedaba sin probar. Ahora en el Metro, en plena hora pico, era imposible reconocernos con ropa, aún más cuando ella lleva cubierto casi todo el cuerpo. Pero lo hicimos: en el mundo real ella era una monja y yo una marica.

4. Irremplazable

Estaba dando el discurso de graduación: uno de los momentos más importantes de mi vida. Empecé a sudar y mis manos a temblar. Sin previo aviso, me quedé sin voz y el auditorio entero se silenció por un minuto. Yo le rogaba a la tierra que me tragara. En el fondo, una anciana se paró a aplaudir en su silla. Ella, mi abuela, que era sorda.

5. Ella llora de a poquitos

Doña Enelda ha venido asistiendo al cementerio de Soacha cada domingo hace siete años, y en cada ocasión le llora a una tumba distinta. Entre más destartalada, mejor. Algunas veces solo pregunta por el último muerto que llegó, y lo llora sin cuestionar su nombre. Enelda imagina que en cualquiera de esos cajones sellados al azar, podría venir su Alfredo, que no ve hace diez años. Si no fuese así, ella espera llorar al hijo de otra madre, que ojalá en algún lugar de Colombia, esté llorando a su Alfredo por error.

6. Salvación

«Borrachos y niños siempre dicen la verdad», recordó para sus adentros agonizantes. Postrado en cama, el viejo rey mandó traer todo el vino del castillo a su alcoba, para escapar de la muerte una vez más. Ya ebrio, exclamó: «¡Hoy tampoco te rendiré cuentas!» y, de repente, era un niño con una corona de cartón jugando con el vino para las visitas. Su madre, quien venía con la intención de castigarlo, quedó inhabilitada. No pudo contener la risa al comprobar cómo el pequeño monarca había sorteado, una vez más, su inminente destino.